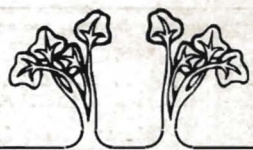


56
867a
C.R.



Tomo IV

Núm. 5

ATHENEAE

REVISTA QUINCENAL

Director:
ROGELIO SOTELA



SUMARIO:

<i>Alejandro Alvarado Quirós.....</i>	LA DIRECCIÓN
<i>Páginas de Antaño.....</i>	} A. ALVARADO QUIRÓS
<i>Un Cristo y una rada.....</i>	
<i>Emilio Zolá.....</i>	
<i>The grand old man.....</i>	
<i>El cuarto enemigo del alma.....</i>	



IMPRENTA NACIONAL
SAN JOSE - COSTA RICA
1920



LIBRERIA ESPAÑOLA
IMPRESA, ENCUADERNACION Y FABRICA DE SELLOS DE HULE

De doña María vda. de Lines

NUEVAS PUBLICACIONES ACABADAS DE LLEGAR:

Diccionario Castellano de bolsillo, Calleja, 1 tomo de 1806 páginas.....	€ 10.00	Por correo	€ 10.30
.. Enciclopédico Larouse, ilustrado, con 5900 grabados.....	10.00	..	10.80
.. completo de la leng. cast. por el Dr. M. Rodríguez-Navas 1 t. de 1482 pág.	10.00	..	10.95
.. Enciclopédico ilustrado de la leng. cast por J. Alemany y Bolufer, 2800 pág.	15.00	..	16.00
.. Terminológico de Ciencias Médicas, por el Dr. León Cardenal, 1027 pág....	32.50	..	33.50
.. de la lengua castellana, por la Real Academia Española, 2 t. pasta española	45.00	..	47.00

Visite usted la LIBRERIA y verá los artículos japoneses que acaban de llegar

Ofrecemos magníficas ampliaciones en retratos

EN CINCO CLASES DIFERENTES
CRAYON, CRAYON ILUMINADO, SEPIA, ACUARELA Y PASTEL

A PRECIOS ECONOMICOS

Solicite muestras al apartado número 4

ADOLFO SAENZ G. & HNO.

NEW ENGLAND

Acaba de recibir preciosas novedades en
 corbatas y géneros de seda para señora

Grandioso surtido en sombreros de fieltro

Delcore, Aronne & Co.

LIBRERIA E IMPRESA

La más barata

TORMO

La más surtida

GRANDES NOVEDADES EN PAPELERIA FINA

AVENIDA CENTRAL - FRENTE AL BANCO MERCANTIL

¡NO SE IMPACIENTE SEÑOR!
VOY A RETRATARLO CON PELÍ-
CULA 'ENSIGN'

¡NUNCA FALLAN!



ÚNICO DEPÓSITO "FOTO IMPERIO"
"H"
HERNÁNDEZ HNO.S

SIEMPRE LLEGAN NOVEDADES A

LA TIENDA ROMERO DE GONZALEZ HERMANOS

Acaban de llegar medias de lana negras, lisas, para señoras

FUNERARIA DE Manuel Campos y Hno.

El lema de la empresa es:
Prontitud, Esmero y Educación

La única empresa que cuenta con elementos propios para los servicios de lujo.

SE ATIENDEN SERVICIOS A TODA HORA DEL DÍA Y DE LA NOCHE, DESDE € 15-00 a € 5,000-00.

EL MEJOR ALMACEN

DE

FERRETERIA

Está situado 200 vs. al Norte
:: del Parque Morazán ::

Es donde puede usted
comprar más barato

LO ATENDERÁ

D. GUILLERMO ECHEVERRIA

ELIAS MUÑOZ V.

RELOJERIA

PLATERIA :: OPTICA

Reparaciones garantizadas

en

RELOJES Y ALHAJAS

OBJETOS PARA REGALOS

El nuevo local está situado
frente al Hotel Europa,
diagonal a Robert Hermanos



Después de las retretas
pase usted al salón de

LA GEISHA

Allí se citan los mejores
elementos sociales y
se sirve exquisitamente

Pida usted café, te, chocolate
o cualquier clase de helados
:: :: :: y refrescos :: :: ::

J. PRIMITIVO ZAPATA

ENCUADERNACION

Se hacen los trabajos más finos y más baratos
LO MEJOR EN CENTRO AMERICA

FRENTE A LA IMPRENTA GREÑAS
225 varas al Sur del Banco de Costa Rica

Carpintería
Ebanistería
de Auriel Gallardo A.

PARQUE DE MORAZAN
Frente a LA VIÑA

Se hace toda clase de trabajos
A PRECIOS REDUCIDOS

CUADROS y REQUISAS
A PRECIOS SIN COMPETENCIA

Zapatería
LA JUVENTUD

Cien varas al Norte
de la Librería de Lines

LA PREFERIDA

POR SUS PRECIOS MÓDICOS
POR LA SUPERIORIDAD
DE SUS MATERIALES
Y POR LA ELEGANCIA DE SUS
ESTILOS MODERNOS

NICANOR GAMEZ

LA LONJA

SAUMA & CASTRO

Surtido completo de abarrotes y artículos del país
Ventas sólo por mayor - Frente al lado Norte del Mercado

TELEFONO N° 756. - SAN JOSE. - APARTADO N° 523

COLEGIO

MONTERO

Con Internado (vida de hogar)

Kindergarten, Educación Primaria: los certificados que expide el Colegio en esta Sección tienen valor legal. Educación Práctica Superior Complementaria. Sección Comercial diurna y nocturna. Se enseña Inglés en todos los grados. Clases especiales: Música (violín, piano, etc.), Inglés, Contabilidad, etc., etc.

Pida prospectos - Teléfono 1646 - SAN JOSE, Costa Rica

**CERVEZAS, MALTA,
KOLA Y LIMONADA**

TRAUBE

**MEDALLA DE ORO EN LA
EXPOSICION NACIONAL**

**La fábrica mejor
acondicionada
= = del país = =**

HAGA SUS PEDIDOS A

TRAUBE

EBANISTERIA DE ENRIQUE GOMEZ COTO

≡ ≡ CIEN VARAS AL SUR DEL KIOSKO DEL PARQUE DE MORAZAN ≡ ≡

En este taller se hace toda clase de trabajos artísticos, a precios módicos

Ejecución de repisas y se venden cuadros

Síbase pasar por nuestros talleres para que lo conozca y se cerciore de la verdad

ATHENEAE

REVISTA LITERARIA

Precio de suscripción:
Número suelto. ¢ 0.30
Serie mensual (2 números) 0.60
Para el extranjero:
Número suelto. \$ 0.15
Serie semestral (12 números) 1.50

Se publica quincenalmente

Director, ROGELIO SOTELA

APARTADO N° 113

N° 5

SAN JOSÉ, COSTA RICA, 15 DE JUNIO DE 1920

TOMO IV



Licenciado Alejandro Alvarado Quirós

a quien dedica *Athenea* este número, publicando trabajos suyos enviados especialmente para la Revista

Athenea cumple sus propósitos. Vinieron ayer, en números especiales, trabajos de González Viquez, Facio, Dobles Segreda, Cardona, Uillalobos, Sancho, Soler, Fernández Guardia, Coto y hoy de Alvarado Quirós. Por su turno, irán luego los números dedicados a Omar Dengo, Ramón Matías Quesada, Lisimaco Chavarria, Octavio Jiménez, Julián Marchena, Luis Castro Saborio, Salvador Umaña, Fernando Volio, Antonio Zelaya, etc.

Quiera nuestra suerte poder seguir cultivando así la difusión de las letras nacionales, ya que esa labor fue bandera enclavada en el portal de *Athenea*.—L. D.

Páginas de antaño

Inédito

La lectura y el comentario íntimo de los libros de nuestros autores predilectos es un placer que no por fácil deja de ser de los más atrayentes para el espíritu, pero escribir, modelar sus propios pensamientos, triunfar en la lucha singular con el demonio de la forma que es de los más rebeldes y dejar en una página unas cuantas palabras impregnadas de nuestros afectos, que nos parecieron en determinado día traducir la sensación más querida, la imagen más acariciada, el ideal más noble; arrancar, pues, de nuestro cerebro o de nuestro corazón, una partícula de vida, que tendrá nuestro sello característico para siempre, como posee el tierno niño el rasgo o el movimiento que lo asemeja al padre; escribir de este modo es una fruición más alta y absorbente que la lectura.

Consideramos, por lo mismo, como mercaderes del templo, indignos de la pluma, a aquellos que la convierten en objeto de tráfico o de vulgares pasatiempos. Platón juzgaba a los poetas como criaturas dignas de la corona de laurel; pero también como parásitos peligrosos para el bienestar de su República, y si el filósofo divino, que ha legado su nombre como sinónimo de aspiración desinteresada, de idealismo sano, viviera en las modernas democracias, reservaría su anatema para tantos ciudadanos de la República de las letras que usurpan sus funciones o violan el sagrado privilegio que ella confiere.

La emoción creadora, la embriaguez de la mente que concibe un período de prosa límpida o que escucha con alborozo el verbo sibilino que le dicta el verso fluido y armonioso, es la piedra de toque del verdadero amor a la literatura, como es el tiempo, juez impassible, el crítico más sagaz de los esfuerzos e intenciones del artista. Pasan las modas en los trajes, los convencionalismos, las afectaciones del sentimiento y de lenguaje, se enfrían las pasiones, desaparecen los prestigios de los hombres y se eclipsa o marchita la belleza, que es la gloria de las mujeres, pero no todo es efímero en la vida, porque a pesar de las sucesivas transformaciones, dos o tres ideas, dos o tres cultos, sencillos en el fondo, cualesquiera que sean las formas que revistan, permanecen siempre en el pedestal y reciben hoy como ayer las mismas eternas genuflexiones.

De ahí que sea tan curioso exhumar las viejas producciones literarias. Cuando en un teatro europeo, después de algunos lustros de abandono, ofrecen a la curiosidad del público un pieza que fue antaño coronada por el éxito, y en el decorado y en los trajes se restablece con cuidadoso

detalle la época lejana—la Revolución—1830—la crinolina del 2º Imperio, por ejemplo, la evocación histórica de los cuadros, por muy interesante que sea, pertenece al segundo plan; pues lo esencial son los procedimientos, los recursos pasionales, las frases de efecto que cautivaron a los padres o a los abuelos de la actual generación y es porque el análisis psicológico retrospectivo preocupa ante todo al espectador.

Así la segunda lectura de una novela o la publicación de un cuento, discurso o poema de otro tiempo. Los años al pasar se llevaron el polvo de oro de la novedad, pero los pensamientos tal como los que aparecen entre las páginas de un libro, disecados, sin aroma, guardan en la seda fina de los pétalos, el colorido primitivo que hizo a la flor igual a las alas de la mariposa, pero que ahora, muy ténue, algo que al contacto del aire parece que se esfuma y tiene, por lo mismo, lo precioso de la poesía y del recuerdo.

A veces se experimenta un desencanto, una sensación de caída y de vacío. ¿Cómo—se pregunta uno—pudieron aplaudir tal drama, a qué atribuir la boga de determinado autor, cuál es el secreto de que pudieran aceptar como moneda corriente tales ideas o curiosas y arcáicas formas de expresión? Se analizan las influencias, se rectifican injusticias, algunos ídolos caen, es cierto, pero en cambio no hay reputación más duradera que la que se inicia después de la revisión operada por el tiempo, la del escritor o artista que modestamente ha esperado su turno, y llega después de años de oscura mediocridad al disfrute de su parte de sol, en el ambiente sereno de la posteridad.

La belleza y la verdad, en momentos en que predominan el vulgo y el error, pueden negarse o ignorarse, pero su virtud como el diamante, aun en el fondo de la tierra, después de su largo proceso de tinieblas, tiene el poder que le dará seguro triunfo cuando llegue el día de brillar a plena luz.

Don Quijote de la Mancha a pesar de las adivinaciones geniales de Cervantes, señaladas por la crítica, no tuvo entre los contemporáneos el aprecio que los lectores de las generaciones posteriores le dedican, consagrando a su autor como el primero de los maestros de las letras castellanas.

La Venus de Milo, ¿brilló acaso en algún templo, bajo el claro sol del Atica, o quedó arrinconada como escultura secundaria en el taller del prodigioso artífice que la concibiera? No lo sabemos a ciencia cierta, pero sí estamos seguros de que después, confundida con escombros, durmió un sueño de siglos en tierras invadidas por la barbarie, de allí surgió la joya incomparable mutilada y madura para la gloria, ante los ojos expertos de la estética del pasado siglo, para ser religiosamente transportada a su rojo camarín del Louvre.

La doctrina de Jesús perdida al parecer en los arenales de Judea, llevada por el viento que inflaba las velas de los pescadores galileos, simiente confiada sólo al afecto y a la inteligencia sencilla de unos pocos discípulos, resucitó al fin como el profeta, terminando por dominar a Roma, por extenderse por el mundo y después de veinte siglos de prueba, vive aún consolando afligidos, marcando el deber y la justicia, coronando de flores inmortales al que sacrifica la vida terrenal para salvar la idea,—la libertad, el bien, el amor—la triple fuente de redención, los ejes eternos e inmutables de la existencia humana.

San José, abril de 1920.

Un Cristo y una rada

París tiene un imán incomparable para los hispano-americanos, y hasta los espíritus místicos encuentran en aquella Babilonia, rinconcitos en donde fervorosamente se entretiene el culto sagrado de sus ideales; pero a veces—hablando con entera sinceridad—París produce un hastío imposible de curar transitando en el asfalto de sus boulevares y mientras por todo recreo se tenga ante la vista la monótona perspectiva del Sena, aprisionado entre los puentes y los muros, apenas sombreados por unos cuantos castaños valetudinarios.

En una de esas épocas grises, decidimos visitar España. El otoño parisiense, oscuro, lluvioso, húmedo, nos hacía suspirar por las tierras que viven en perpétua primavera, y cuando tomamos el tren que con etapa en Tolosa, debía llevarnos a Barcelona, experimentamos un sentimiento de liberación, dejábamos la sombra a la espalda y marchábamos hacia la luz.

Era un día de los primeros de diciembre y ya los paisajes del Sur de Francia, con los tapices verdes de sus prados, las hileras de árboles elegantes que parecían inclinarse al paso del tren, y allá a lo lejos, como un telón de fondo, los nevados picachos de los Pirineos, todo bañado en una luz plateada habían transformado nuestro ánimo entristecido.

Muy pronto veríamos a España. Nuestra imaginación se remontaba a los tiempos heroicos de la Conquista de América. De la Península habían salido nuestros mayores, aquellos guerreros caballeros revestidos de armaduras de acero tan recio como su espíritu indomable, que habían vencido en lucha desigual, no tanto al indio, como contra la salvaje Naturaleza. Dignos descendientes los conquistadores de los vencedores de los sarracenos, quienes al precio de tanta sangre y valentía habían clavado la cruz en

todas las almenas que antaño ornaba la media luna, dejando inmortalizadas como dechado de sus hazañas en aquellos versos sencillos y viriles que todos hemos aprendido, las dos figuras legendarias: el Cid y doña Jimena.

Si pasábamos a la ficción sin abandonar la caballería, acudía a nuestro pensamiento el sin par don Alonso el Bueno, el más cumplido paladín del idealismo. Muy pronto pisaríamos la tierra de sus aventuras y encontraríamos las ventas, los molinos y castillos que fueron marco de su vida extraordinaria.

En esto el tren se detuvo. Empezaba apenas la tarde y habíamos llegado a Port-Bou, punto de la frontera catalana.

Fué uno de esos minutos inolvidables. La sangre de nuestros abuelos bullía en nosotros en ritmo acelerado. Hubiéramos querido arrodillarnos, tal como lo hiciera el Gran Almirante al desembarcar por primera vez en las playas de nuestra América. Comprendimos el intenso vocablo que descolorido, mil veces habían repetido antes nuestros labios: Madre Patria!

Y el paisaje era delicioso. Un pueblecito de pescadores salido de un cuadro de Sorolla. Una brisa fresca venida del mar vecino y una llovizna tenue que nos recordó al instante las que perennemente refrescan la villa de Pacayas y las aldeas situadas sobre la falda del Irazú. Por encima de nosotros el cielo azul y el sol brillante, el sol de España, que no ha usurpado la gloria de que disfruta, un sol que reina sin nubes, sin ambages, tal como es el carácter del hombre de Castilla.

Y durante toda la tarde hasta la llegada a la gran capital de Cataluña, hemos disfrutado, dentro de aquel ambiente diáfano, de los deliciosos paisajes marinos, de la tranquilidad virgiliana de los campos, apenas interrumpida algunos minutos en las cortas paradas del tren frente a las ciudades ennegrecidas.

Rendimos entonces nuestro homenaje a Garcilaso, el gentil poeta «del agua, de los árboles y de las flores». Recitábamos con acierto las musicales frases de Azorín. «Garcilaso nos pinta en sus versos el agua clara que atraviesa un fresco y verde prado; las corrientes cristalinas y puras; los árboles que se espejan en la superficie tersa de los ríos y los fontanas; los valles floridos y sombríos; el viento manso que mueve blandamente los árboles; las nubes coloradas que parecen bordadas de oro al tramontar el sol; el murmurio del agua en los hontanares; las robustas y verdes encinas; las altas hayas; las hondonacas floridas, espesas y umbrosas; el silencio sólo turbado por el manso ruido de las abejas, los prados verdes y suaves...»

Desde nuestra más remota infancia nos habían enseñado a querer al cantor de las zagalas

«Flérida, para mí dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ajeno,»

y ahora comprobábamos que en sus poemas palpitaba de verdad un girón del alma de su país.

Más tarde en Madrid, otro nombre ilustre de la rica literatura española, se impuso a nuestra admiración: Larra, porque aun dura en el carácter de los ciudadanos de la Corte la nota intensa de política, de teatros, de intrigas palaciegas, de periodismo novelero, que sirvieron de tema a sus ensayos críticos, modelos de buen decir y de ironía.

Han trascurrido muchos años. Ya los recuerdos se deshilachan como en vieja tapicería en que los colores se confunden, y de aquella corta temporada española sólo quedan las pocas sensaciones predilectas que para nosotros serán imperecederas.

La impresión de escueta grandeza del Escorial, la sencillez de la sala en que se guardan los despojos de los monarcas, la delicia de los jardines del Alcázar sevillano poblados de flores y de evocaciones galantes, la sinfonía de colores de los museos, el reino de Goya y de Murillo, y las moles venerables de las catedrales, poemas de granito que reflejan las convicciones religiosas de aquel país de vehemente catolicismo; la silueta de un Rey mozo y valeroso y de su bella y digna dama escogida por amor; una noche fría pasada en la nevada cumbre del Tibidabo, ¡oh! la Nochebuena! llena de alegres repiques, de amena charla y de perspectiva de succulenta cena, y una tarde de extrañas emociones en que estalló una bomba en las vecindades del Teatro de la danza y en que nos importó muy poco el anarquismo y sus furores, por aplaudir la graciosa malagueña envuelta en su capa de torero, vencedora en el torneo de los bailes característicos de todas las provincias españolas.

Pero se esfuman las mujeres y los teatros, los palacios de la más variada arquitectura y los templos de mayor veneración, los sitios históricos y los personajes eminentes de la política, de las artes y las letras; y si quisiéramos resumir a nuestra manera la impresión magistral de aquella tierra, lo más bello, lo más alto, lo que removió hondamente corazón y cerebro de un apasionado de España, tendríamos que decir: el Cristo de Velázquez, aquel cuerpo de divina y pálida serenidad sobre fondo negro, la efigie seguramente más verdadera del Redentor Crucificado, y la tarde apacible, refrescada por la brisa salina, en la pequeña estación del Mediterráneo, iluminada por los brillantes destellos del Poniente.

San José, octubre de 1919.

Emilio Zolá

Víctor Hugo fué el más eximio representante del romanticismo francés y su nombre ha quedado como un símbolo que evoca la pléyade de escritores y artistas contemporáneos suyos que de cerca o de lejos sintieron su influjo.

Treinta años más tarde, muerto el gran poeta y envejecido Ernesto Renán, prosista incomparable, tomó en sus manos robustas el cetro del arte francés, ese poderoso atleta que acaba de morir.

«Zolá, decía Maupassant, ¡qué nombre más sonoro y más a propósito para la *réclame* literaria, y qué hombre para llevar bien su nombre redondo y explosivo como una bala de cañón!»

Todos conocemos la historia de sus primeros años de trabajo, de sus luchas y miserias. Sólo una voluntad tenaz como la suya pudo soportar la larga era de privaciones de la juventud sin desmayar, y ya veremos que sólo su alma grande y estoica pudo resistir con serenidad las calumnias y ultrajes que como corona de martirio ciñeron sus sienes encanecidas.

Cantar la vida moderna. Hacer la epopeya de los grades trabajadores, de las grandes masas, de las grandes ideas y de las grandes corrientes que cruzan la Europa en el Siglo XIX, tal fué el ideal que se propuso realizar en sus libros. El estudio de la familia Rougon Macquart, descendiente de una pareja de degenerados, en la cual se manifiestan todas las evoluciones de la ley de herencia: el genio, la locura, el equilibrio y el crimen, como productos atávicos fué más bien el pretexto inicial y el lazo de unión de sus volúmenes.

Muchos adversarios de Zolá le niegan la facultad por excelencia del artista: la imaginación creadora. Saccard, Naná, el beodo Coupeau, el cura Sergio Mouret y el venerable Dr. Pascal, vinieron a mi memoria como sombras conjuradas a defender el nombre de su padre. La teoría del naturalismo expuesta con precisión por el mismo novelista se presta sin embargo a la afirmación de que su arte es comparable al del fotógrafo que coloca la máquina frente a los hombres o a los paisajes; copia servil, dicen y no interpretación ideal de la vida.

La imaginación humana, según Zolá, tiene diques estrechos y al pretender saltarlos cae en la exageración y lo deforme. La belleza reside exclusivamente en la verdad, de ahí pues se desprende la fórmula que venía a cortar de raíz los abusos del romanticismo decadente y que era el reverso de la medalla de las torres de Nuestra Señora tratadas como seres dotados de pensamiento y de afecto fraternal para Quasimodo.

«La naturaleza vista al través de un temperamento», es el precepto

comprendido de todo arte, dentro del cual queda la imaginación con las alas recortadas y la observación dueña del campo de los documentos humanos y de los análisis vigorosos del sentimiento.

Ese arte será mezquino, si es el de Jorge Ohnet, será soberbio cuando Miguel Angel tome el cincel y Vinci la paleta, y será refinado si expresa las sensaciones de Teófilo Gautier o de Maupassant.

Recordaremos que los primeros libros de Zolá, «Los Misterios de Marsella», novela de folletín, «Los Cuentos a Ninón» y «Teresa Raquin», pasaron inadvertidos. Empezó la serie de Rougon-Macquart sin éxito tampoco, pero al publicar el tomo sétimo «La Taberna», su nombre fué favorito del público parisiense y enb reve del mundo entero, logrando hacer fieles prosélitos y lo que es signo infalible de genio: detractores encarnizados.

Desde entonces se le vió como porta estandarte de un grupo de escritores que tenía un cuentista exquisito: Al'onso Daudet, un prosista impecable, Flaubert y dos estilistas insignes: los Goncourt; Zolá menos delicado talvez, es el más robusto de todos, el obrero literario, como decía «El Times» que más honda huella deja en el Siglo XIX.

La poesía de sus novelas ha sido comparada a la de los poemas épicos, sus descripciones tan exactas, tan minuciosas, tan reales, dejan la impresión de la cosa vista y su estilo en fin, tiene el colorido, la sonoridad y la brillantez que sólo poseen los románticos de pura raza de que él es ilustre descendiente.

Juzgar a Zolá por una sola de sus novelas, como hacen muchos, es caer en un error mezquino; tomar en cuenta lo que dicen de él sus enemigos, es una pequeñez. Hay que amar su personalidad y conocer hasta el detalle de su biografía para juzgarle en la integridad de su obra.

La Comedia Humana de Balzac ofrece un ejemplo semejante de fecundidad y de poder en el análisis de las pasiones humanas, pero en cualquiera de las novelas de Balzac encontramos un resumen de las cualidades psicológicas y del estilo del autor. En cambio, el que sólo haya leído «La Alegría de Vivir», el que hable por lo que le parezca «La Tierra» o «Lourdes» está lejos de poder apreciar lo que vale la fuerza y la flexibilidad del talento de Zolá.

«La Tierra», por ejemplo, es una bofetada lanzada al rostro de la crítica que chillaba por las crudezas de forma de «Naná» y de «Germinal». Es una obra de combate y hay en ella al lado de una pintura fiel de la vida de los campos, exageraciones pornográficas indefendibles.

«La Alegría de Vivir» nos parece una larga y monótona disertación sobre el pesimismo alemán; «Lourdes» es un libro pesado, como decían con *esprit* los críticos franceses, pero tengo prisa de prescindir de los deta-

lles para admirar en bloc la obra del coloso: la pintura magistral de las bacanales del segundo imperio (La Ralea y Naná) la descripción del vicio de las ciudades (La Taberna) y del vicio de los campos (Germinal) del comercio gigantesco (El Vientre de París, La dicha de las damas); el análisis del crimen (La Bestia Humana) y del crimen colectivo (El Desastre), del escrúpulo de conciencia (La caída del Abate Mouret) y de las esperanzas de la ciencia (El Doctor Pascal). Oigamos esos himnos entusiastas a la ciudad eterna (Roma) y a la capital moderna, a esa ciudad que lo engendró, que le prestó su genio del progreso para que marcara sus centenares de volúmenes y que hoy guarda ufana y reverente sus cenizas (París). Rindamos homenaje en fin a las parábolas del bien y de lo bello contenidas en sus últimos libros que son los más luminosos, los modernos Evangelios (Fecundidad, Trabajo, Verdad).

Sus novelas forman un grandioso monumento construido lenta y metódicamente, cuyo plan fué trazado al empezar la carrera y cuya cúspide acaba de terminarse con la muerte. En ese monumento que admirarán más que nosotros las generaciones venideras, se ven piedras mal talladas, mármoles toscos, líneas torcidas o relieves exagerados, granitos ordinarios y finísimos alabastros; todo revela de cerca los esfuerzos y las caídas del artista, pero de lejos, como lo verá la posteridad, el conjunto es imponente y el efecto de gran magnificencia: una pirámide.

Después de los años de lucha había llegado el período de labor tranquila y de gloria consagrada. Era Zolá, a pesar del fracaso de su candidatura en la Academia, el novelista por excelencia, el pontífice de las letras francesas, el Maestro.

Así vimos nosotros que su presencia en el Parque Monceau en medio de una asamblea de celebridades que inauguraba el busto de Maupassant, produjo el cuchicheo respetuoso, las genuflexiones presurosas, la curiosidad satisfecha que va en pos de los monarcas. Estábamos en otoño y por todo el parque dominaba el color de oro de la gloria.

Unos meses después en el entierro del hermano intelectual, de Alfonso Daudet, ya en plena bruma de invierno, vimos al mismo Zolá insultado y escarnecido desde lo alto de la imperial de unos omnibus que cruzaban.

«Muera Zolá, muera el vil judío Dreyfus». Su figura varonil se estremeció, lamirada de sus ojos penetrantes fué un relámpago, pero el temblor de sus labios nerviosos revelaba el sufrimiento y la angustia de su alma.

Era entonces el hombre más impopular de Francia.

Dos grandes preocupaciones, el cariño al ejército y la pasión antisemita esgrimidas por mano artera contra el capitán Dreyfus hicieron que

su caso se mirara con horror por todo ciudadano francés. La nobleza consideró que era *chic* no discutir el asunto. El ejército naturalmente afirmaba la culpabilidad. La magistratura creía en la cosa juzgada y la Sorbona permanecía indiferente.

Pero una noche memorable los granujas de París gritaban por plazas y boulevares con voz estentórea aquellas palabras mágicas «Yo acuso» y la redención del inocente fué iniciada.

Nosotros entonces sólo teníamos este argumento para estar en el bando aborrecido: «El oro que reposa en las cuevas del Banco de Francia no basta para corromper la conciencia del eminente escritor, ni sirve para comprar su pluma de acero.»

El desenlace es conocido. Nuestra corazonada prevaleció al fin, y el ex-capitán volvió a ver el cielo de su patria, gracias al indulto soberano.

Zolá en cambio fué calumniado en todos los diarios y bandas de viles descamisados, salpicaban con el lodo de las calles su nombre glorioso. La Legión de Honor lo puso en entredicho y el jurado a pesar de la defensa del vigoroso *Labori* lo condenó a una fuerte multa.

Su corazón que amaba con vehemencia la popularidad, sangraba en esta lucha, y desde entonces envejecido y triste, guardaba contra París el mismo agravio que atormentó a Voltaire antes de su apoteosis.

La muerte sorprendió a Zolá de un modo trágico, arrebatándolo antes de la reparación merecida.

El autor, que ha descrito el «Paradou», aquel campo que Eros incendiaba con sus soplos, que recuerda la sencillez mitológica antigua, en que los árboles, las fieras, las flores y los hombres eran simples elementos de la naturaleza, sujetos a sus leyes de amor y de odio, es un poeta delicado.

El escritor que pintó los terribles reveses de la campaña franco-prusiana, para enardecer en Francia el legítimo anhelo de revancha, es un patriota.

El hombre que echó en la balanza de la justicia su gloria de novelista y su tranquilidad de burgués con tal de inclinarla en favor del inocente, tiene la fibra de un apóstol.

Su obra levantada sobre una base de virtud está coronada por la belleza y por la gloria.

Campean allí esos tres caracteres. Hay páginas de literatura verdaderamente clásicas, hay soplos épicos que recuerdan al descendiente de una raza de héroes y sobre todo se descubre el afán de luchar contra todas las preocupaciones: políticas, religiosas y sociales, de aniquilar todas las injusticias y de realizar, como su antecesor Rousseau, el altivo precepto: «*Vitam impendere vero*». Dar la vida por el triunfo de la verdad.

The grand old man

Entre los últimos sucesos europeos, ninguno ha conmovido tan hondamente el corazón de estos pueblos como la muerte de Gladstone.

La prensa unánime ha olvidado por un momento la crónica de esa lamentable guerra hispano-americana, el fantasma de las alianzas de Inglaterra, las mil y una cuestiones secundarias que la agitan y no ha pensado sino en tributar el último homenaje a los augustos despojos del grande hombre.

Puede decirse que en el balance de la muerte, la memoria de Gladstone ha salido victoriosa.

¡Dichosos los conductores de pueblos que emplean el poder en beneficio de éstos, implantando reformas, sembrando ideas, reforzando su libertad! Cuando llega su ocaso la simpatía universal les rodea y pueden sonreírse de la muerte.

Gladstone era un ejemplar de austeridad que envidiarían todas nuestras Repúblicas; se sabe de él que rechazó con suavidad pero con energía, el nombramiento de Par del Reino con que la soberana quería recompensarle.

Habla muy singularmente de su índole la afición a los ejercicios atléticos, hábito contraído en su juventud y necesario a sus músculos de acero.

En su parque de Hawarden, se podía ver al ilustre viejo, erguido de cuerpo, de nobilísima cabeza blanca, con una hacha en la mano, en actitud de abatir árboles tan gigantescos como nuestros cedros.

Para mí esta escena es simbólica. En aquel hombre la fuerza física estaba en relación con la potencia cerebral y la energía moral.

Gustábase derribar árboles seculares y añejas instituciones.

Gladstone, armado de su hacha, alguien lo dijo, es el progreso, esa fuerza irresistible y saludable.

¡Cuántas selvas sociales de preocupaciones, de vicios, de injusticias nos quedan todavía esperando a leñadores de su talla!

Francia ha sido una de las primeras en

rendir homenaje al caudillo de su gran rival, lo que prueba la imparcialidad de su criterio.

De las hermosas necrologías que se han publicado entresacaré los trozos esenciales de esta vida digna de Plutarco, que espero será acogida con interés por los lectores de Costa Rica.

«Gladstone ha muerto. Desde hace algunas semanas estaba moribundo, hace ocho días agonizaba.

Todo un pueblo, mejor dicho, todo un mundo velaba a su cabecera.

Hoy que ya no existe, la cristiandad que conocía su estado desesperado desde hace mucho tiempo, ha sido herida como por golpe violento.

No hay duda que Inglaterra es la primera en conmovirse y en llorar en el más glorioso de sus hijos de este siglo, una pérdida irreparable. La humanidad entera se asocia a su duelo y en estos días revueltos y sombríos en que leyendo la prensa británica, parece que el escándalo impío de una guerra entre las dos grandes naciones liberales de Europa pudiera realizarse, Francia considera una dicha levantarse por encima de estos odios artificiales, de estos litigios secundarios, para tributar al más grande, al más noble, al más elocuente de los hijos de Inglaterra, el homenaje de una piedad y de un respeto profundos.

Cuando Charles James Fox, en su lecho de muerte, supo el fin de su gran rival William Pitt, a quien el dolor de la victoria de Austerlitz apresuró sus días, sin que el orgullo de Trafalgar pudiera consolarle, vertió lágrimas sinceras exclamando: «Sunt lacrymae rerum». Muestras de simpatía como éstas, son dignas de los grandes hombres y de los grandes pueblos.

Casi un siglo de la historia de Inglaterra es lo que el ilustre hombre de estado se lleva consigo a la tumba, envuelto en un girón de su sudario.

No es este el sitio de recordar detalladamente su larga y gloriosa carrera; bastaría delinear en perspectiva, en breve resumen, esa existencia laboriosa de 89 años; esos 66

años de una vida política incomparable, la serie sin igual de sus servicios, el mar sin orillas de una elocuencia cuya primera manifestación data del 20 de octubre de 1825 en el Parlatorio de Eton, y que consagró a la causa de los oprimidos, el 24 de setiembre de 1896, en Liverpool, los últimos restos de una voz que se apaga y de un entusiasmo que nunca se extinguió.

Era William Ewart Gladstone de origen escocés. Su familia después de reveses de fortuna que la hicieron descender del rango de *laird* (hidalgos rurales) a la condición de negociantes de granos, reverdeció en Liverpool. Allí fué donde su padre Sir John Gladstone acumuló grandes riquezas, y se hizo uno de los campeones más fieles de George Canning, el único heredero auténtico de William Pitt, el verdadero jefe del partido Tory, que a la inversa de la nefasta política de los Liverpool, los Eldon, los Sidmouth y los Castlereagh supo aliar a los principios conservadores y al legítimo cuidado de la defensa social, un gran espíritu de liberalismo.

Gladstone, nacido en este medio, se saturó de doctrinas del torysmo idealista, que debían facilitar su conversión final al radicalismo, preparado de antemano a ella, por la concepción del progreso indefinido y la aceptación de indispensables reformas, y retardar esta evolución inevitable, suministrando a su intelecto sutil y a su aguda casuística, mil pretextos para permanecer con la conciencia tranquila en el campo conservador liberal.

Tal fué su punto de partida.

Otra influencia que ejerció singular poder en esta naturaleza impresionable, fué la de Eton, la de esta gloriosa escuela aristocrática, en cuyos jardines, al decir de Wellington, teatros favoritos de juegos atléticos de la juventud de la alta sociedad inglesa, se preparó la victoria de Waterloo.

A la Universidad de Oxford llegó en 1828, precedido de una reputación de severa moralidad y de cultura intelectual, rodeado por una falange de amigos destinados a desempeñar gran papel en la vida pública de Inglaterra.

Allí el joven Gladstone acabó su educación, penetrándose del aroma sutil que se desprende de esta ciudadela del espíritu,

que es fortaleza del anglicanismo, asilo de las especulaciones más osadas y templo de la tradición clásica.

Era la hora en que de un rincón del colegio de Oriel, algunos jóvenes, entre los cuales Newman mostraba en la frente el sello del genio, preludiaban el movimiento de Oxford que debía modificar poderosamente la vida religiosa de la Iglesia Anglicana, retrayéndola por encima de la Reforma, a las creencias y a las prácticas del catolicismo primitivo, y que debía convertir, a su pesar, al credo de la verdadera Iglesia Católica Romana, a tantos de sus iniciadores.

Gladstone experimentó en sumo grado el contagio de este espíritu nuevo.

No se podría comprender en absoluto la psicología del gran radical, del héroe de la separación de la Iglesia y del Estado en Irlanda y del *Home rule*, si cuidadosamente no se le reata a sus orígenes, si por paradójico que parezca no vemos en él hasta su fin, al discípulo convencido del torysmo de Canning y del anglicanismo de Pusey.

Una vez terminada su educación, el duque de Newcastle, gran señor amigo de su padre, le procuró un sitio en la Cámara de los Comunes.

A los 23 años entró, pues, en esta carrera que debía ilustrar por espacio de 62 años, entró entonces de lleno en esta vía tan larga, tan ardua, y a veces tan torturosa, por lo menos en apariencia, vía que debía conducirlo tan lejos de su punto de partida, sin dejar de ser idéntico en su íntima naturaleza.

Se ha dicho que Gladstone, más que cualquiera otro hombre de estado contemporáneo, encarna y resume la Inglaterra de este siglo, porque mejor que los otros, en grado eminente, con rectitud y lealtad perfectas ha descrito una curva inmensa, la de una evolución casi sin fin.

En el mismo Parlamento otros sin duda han lanzado el ancla a distancia incalculable de su punto de partida. Disraeli murió siendo jefe y semidios del partido conservador, después de haber principiado bajo los auspicios de O'Connell como candidato radical.

Mr. Chamberlain lleva ya en su haber una hermosa colección de palinodias y no

parece hallar obstáculo para dar en todos los puntos, en todas direcciones, sangrientas desmentidas a su pasado.

¿Quién osará comparar estos avatares sucesivos de la ambición y del interés personal, con la lenta concienzuda y muchas veces dolorosa transformación sufrida por el hombre a quien trataba Macaulay en 1839 de «esperanza y honor del torismo intransigente» que llega en 1845 a sostener a Roberto Peel en la abolición de los derechos sobre cereales, en 1869, a separar en Irlanda la Igleseia anglicana del Estado, en 1881, en esa isla hermana, a dar a la Liga agraria una confiscación parcial; y en 1886, a sacrificar en favor de Parnell, con la unidad ficticia del «Acta de unión» la viva unidad del partido liberal, dividido sin remedio por la política del *Home rule*?

Indudablemente Gladstone, no ha pretendido ser un mártir de sus convicciones en las diversas etapas de su carrera, ni seguir la *vía dolorosa* de una evolución solitaria. Si ha hecho sacrificios a veces considerables a sus nuevas opiniones, si en 1845 estuvo un año lejos del Parlamento para no traicionar a los electores que lo habían escogido como inquebrantable defensor del estado anglicano, votando por la dotación del Seminario Católico de Mayaooth: si perdió el mandato de la Universidad de Oxford, «la más gloriosa recompensa de la vida pública en Inglaterra», según Canning, con la mira de proceder a la separación de la Inglesia Anglicana y del Estado en Irlanda; si, en fin, renunció al poder, y quebrantó el instrumento de progreso, condenando su vejez a la impotencia y exponiendo su memoria a la injusticia, por aceptar el *Home rule*, a pesar de la prevista defección de los liberales unionistas por una condición de su naturaleza que le consagraba hombre de estado, supo esperar siempre para desplegar su vela al soplo de una nueva doctrina, que la corriente de opinión acusara considerable grado de fuerza.

Es lo cierto que él marchaba constantemente hacia más amplios horizontes, hacia un ideal mejor; parecía que siguiendo el consejo de Emerson: *hubiera enganchado su arado a una estrella*; su sinceridad fué siempre transparente, su desinterés absoluto

y jamás obedeció a bajos motivos personales, rencores o ambiciones.

He aquí por qué pudo franquear las etapas de su incomparable carrera, sin que osaran la mala fe y la calumnia manchar su reputación y desaparecer después con la majestad de un sol que declina, iluminado por la gloria, la esperanza y la inmortalidad.

Asociado a Roberto Peel, como Subsecretario de Estado, en el corto Ministerio de 1835, y como principal colaborador en el Ministerio de Comercio en la obra de simplificación de la tarifa y establecimiento del libre cambio de 1841 a 1846, flota después diez años entre los dos partidos como sus amigos los peelistas, a raíz de la división del partido conservador. En 1858 entra finalmente en las filas del liberalismo, después de haber desempeñado con incomparable distinción las funciones de «*Canciller del Exchequer*» en varios gabinetes de coalición, de haber servido bajo Palmerston y recogido su herencia inmediatamente después de la caída de Lood Rusell y del intermedio de la reforma electoral Derby-Disraeli.

Desde ese momento, libre de toda traba, dueño de su política, precipita el movimiento liberal. En cinco años, de 1869 a 1874, amontona más reforma sustanciales que las que se hubieran operado en medio siglo: separación de la iglesia del Estado, instrucción popular, legislación agraria, abolición de la compra de los grados en el ejército, etc. El país, fatigado, le da por sucesor a Disraeli. Aquiles se retira bajo su tienda, y fué menester el escándalo de las degollaciones búlgaras y la política turcófila del Gabinete Beaconsfield, para obligarle a volver al servicio activo, y en breve al mando de los liberales.

Una oleada de entusiasmo lo conduce al poder. Durante cinco años (1880 a 1885) hace esfuerzos para resolver el problema irlandés, más formidable que nunca bajo la acción de Parnell y de la liga agraria, dando a Irlanda todo lo que pedía, salvo el derecho de gobernarse por sí misma. Convencido por las elecciones de 85 de la posibilidad y legitimidad del *Home rule*, toma la iniciativa rehusada por los Torys. La traición del jefe de los radicales, Chamberlain, y la defección del jefe de los Whigs, Har-

tington, le arrebatan la victoria. Su lucha tuvo esta vez toda la energía desesperada de un anciano impelido por el tiempo.

En 1892, el país, poseído de admiración, espoleado también por este octogenario infatigable; le da una mayoría que le permite lograr su objeto; pero caé ante las indecisiones de los irlandeses, la resistencia de los lores y la impasibilidad del cuerpo electoral.

Es el fin. Sus últimos días parecen coloreados por esa derrota. Creeríasele disilusionado, entristecido. ¡Qué error! Vive en un laborioso retraimiento; las polémicas se extinguen más pronto y surge el esplendor de esta carrera. Un afecto respetuoso, unánime, le rodea. Es como la tarde de un hermoso día; y cuando la agonía llega, todo un pueblo ruega y llora al rededor de su lecho de muerte.

La unidad de su vida brilla por encima de sus transformaciones.

Gladstone fué un gran liberal, un radical, el hombre del progreso y del pueblo, porque fué siempre conservador en el sentido profundo y vital de la palabra.

Crejó con toda su alma en la firmeza de las instituciones sociales y políticas de Inglaterra, y por ello osó empuñar el hacha contra los abusos y erigir más tarde espléndido edificio de audaces reformas. Solo porque tenía fe en el pueblo y en el trono, en las masas y en las clases superiores ha intentado muchas veces aparentemente poner en peligro las bases mismas del Estado y dañar los principios sagrados de la conservación social. Fué, en fin, porque él sabía que el liberalismo es inmortal y que nada podrá destruir esta fuerza bienhechora, por lo que no vaciló en quebrantar el viejo partido liberal, echándolo a la caldera de Esón para que surgiera de allí vivificado y rejuvenecido.

Noble lección de valor, de probidad, de generosidad de alma, sobre todo de fe, nos da esta existencia para quien la muerte ha sido nueva consagración.

Nos atrevemos a decir que lo que ha hecho de Gladstone una figura tan alta, tan pura, lo que constituye su grandeza por encima de todos sus rivales, lo que hace olvidar y relega en la sombra ciertas debilidades suyas como Jefe del Gobierno, particu-

larmente en materia de política extranjera, donde era menos libre que en otras partes, es antes que todo y por encima de todo, su religión sincera, el cristianismo ferviente, la noble fe en el Dios del Crucificado, que ha despertado y mantenido en él su generosa fe en la humanidad.»

Gladstone dejó de existir el 19 de mayo corriente, en la aurora del día de la Ascensión. La noticia de su muerte apenó en Inglaterra a todos sus compatriotas, sin distinción de clases ni de partidos. Desde el Palacio de la Soberana hasta los hogares humildes de esas clases desheredadas, cuyos derechos tuvieron en él elocuentísimo defensor, por doquiera se vieron las muestras de gratitud y de duelo.

Según la costumbre parlamentaria, el jefe del partido conservador en la Cámara de los Comunes Mr. Arthur Balfour, tomó la iniciativa proponiendo la clausura de la Asamblea ese día y el decreto de funerales espléndidos.

La Cámara de los Lores y el Gobierno no vacilaron un segundo en acoger tal petición; se adoptó para Gladstone la fórmula de duelo y gratitud nacionales, simple, elocuente manifestación que solo había sido empleada dos veces: la primera para William Pitt, Conde de Chatham, el 11 de mayo de 1778 y la segunda para su hijo menor William Pitt, el 27 de enero de 1806.

Entre las últimas voluntades del gran político se sabe una que es digna de su genial modestia, no quería flores sobre su ferétro y esperaba reposar en su parque de Hawarden, cerca de su casa, al lado del retiro de su ancianidad, hogar que amaba con toda la pasión de un buen inglés.

Este deseo no podrá ser cumplido. Inglaterra tiene culto verdadero por su pasado y por los hombres que han sido obreros de su gloria; y como dice Pressancé: «el sitió de tal hombre está de pleno derecho en la Abadía de Westminster, allí dormirá su último sueño, al lado de sus pares, al pie del altar donde resplandecía para él, la única luz que nunca engaña.»

El cuerpo de Gladstone estuvo expuesto por más de una semana, primero en la biblioteca de su castillo de Hawarden, llamado por él, el «templo de la paz» y luego en el gran Hall del Palacio de Westminster.

en Londres; y se ha calculado que han desfilaro delante de su cadáver más de 40000 personas.

El 28 de este mes, mientras en toda Inglaterra las campanas de las iglesias dejaban oír sus fúnebres tañidos como eco justo del gran duelo nacional, llegaban al Palacio de Westminster, para tomar parte en la solemne ceremonia, los miembros de la Cámara de los Comunes, precedidos por el *Speaker*, luego los Lores, los miembros de la familia real y el Conde de Pembroke, representante de la Reina.

Organizado el cortejo, se dirige hacia la Abadía, que no está lejos del Parlamento. El carro fúnebre no ostenta penachos ni ornamento alguno. El Príncipe de Gales, el Duque de York, lord Salisbury, el Conde Kinobertey, Mr. Baifour, Sir William Harcourt, lord Rendel y Mr. George Armitstead, llevan las cintas que penden a derecha e izquierda del féretro, cubierto por un paño blanco con franja de oro.

En la Abadía rebosaba la concurrencia. Se podía distinguir entre ella a la señora de Gladstone, rodeada de su familia y servidores y en otro lugar a la Princesa de

Gales, a la duquesa de York, a varios Príncipes extranjeros, los miembros del Cuerpo Diplomático y una corte de Obispos y Prelados que dirigían las ceremonias del rito anglicano, encabezadas por el Arzobispo de Cantorbery.

La tumba de Gladstone se veía cubierta por un paño negro, cerca de la estatua de Disraeli, no lejos de la bóveda de Palmerton, enfrente del altar.

En aquel templo, reliquia de los siglos anteriores, constelado el altar por millares de luces, después que el oficiante dijo en alta voz los nombres y calidades del muerto, cuando extinguidos los cantos religiosos, resonó la marcha fúnebre de Beethoven bajo aquellas bóvedas ennegrecidas por el tiempo, pudieron creer los reyes antiguos que reposan en las criptas de Westminster, que se trataba del entierro de algún vástago de su raza, con pompa medioeval; pero entonces pudo verse a dos futuros monarcas de Inglaterra, que, encabezando un cortejo de grandes de su imperio, se inclinaron respetuosos ante la viuda de un súbdito que solo llevó este título de nobleza: «*the grand old man.*»

París, 30 de mayo de 1898.

El cuarto enemigo del alma

El reinado de Baco sobre los pálidos mortales que se ha prolongado indefinidamente desde los tiempos mitológicos—aurora de la historia—en que surgió la figura de aquel robusto mancebo rojizo y mofletudo, coronado de pámpanos y servido por voluptuosas ninfas, el reinado de ese monarca autoritario que desde el Olimpo tantos males ha derramado sobre la tierra está seriamente amenazado. Una revolución palaciega, la más justificada de las revoluciones, intenta destronarlo.

Leemos en uno de los diarios: «La gran guerra de las naciones europeas ha dado lugar a otra guerra que se ha declarado contra las bebidas alcohólicas. El Czar de Rusia inició esta cruzada, al prohibir la fabricación y el consumo del VOBKA, la bebida alcohólica predilecta del pueblo ruso; Francia, a instancias del Presidente Poincaré ha emitido leyes prohibiendo el expendio y consumo del ajenjo; el Rey Jorge y otros personajes de Inglaterra han prohibido terminantemente que se sirvan bebidas alcohólicas en sus mesas».

Bienhechor ejemplo. En aquella tupida red de intereses, en el ambiente de tradicionalismo o de cortesía para la democracia triunfante imaginar la taberna desmantelada, el ajenjo proscrito, es comprender la radical transformación operada por la guerra.

Si la carnicería de legiones de hombres de todas las razas iniciada en 1914; si la escena dantesca más lúgubre que todas las que el formidable poeta florentino pintara en su infierno, ha de traer entre otros el resultado de abolir el alcoholismo, bendigamos esa guerra y que el demonio rojo del fuego, entre los resplandores del incendio, confunda para siempre al demonio verde abominable!

Ya es tiempo de reaccionar en nuestra sosegada Arcadía de América contra la plaga que está minando los pueblos y amenazando el porvenir.

En los crímenes que manchan con su tinta roja las planas de los diarios, en las bajezas que se refieren a media voz en el corrillo, en los actos impulsivos de las propagandas políticas, en todas las degradaciones de los hogares opulentos y de las chozas de la aldea, una superficial investigación descubre el invariable origen.

¿Quién es ella? dice el viejo adagio castellano, en los dramas de sangre y de pasión; pero debe repararse esta injusticia, la causa no es una mujer, es la botella en la mayor de esos casos lamentables.

No se ha explicado bien, por quienes deben hacerlo, cuál es el origen del alcoholismo en Costa Rica. Los ancianos aseguran que mucho tiempo después de la Independencia no existía ese vicio en este país y que era nota de escándalo contemplar a un beodo en nuestras calles. Probablemente la guerra de autonomía de 1856 que segó más de diez mil preciosas existencias con el plomo y por la peste nos dejó también el virus que hoy vemos prosperar, por desgracia, con tropical exuberancia.

Para demostrarlo, bástenos citar un hecho: Aranjuez es un barrio que ha surgido como por encanto después del terremoto, en los pintorescos y floridos suburbios de San José; pues bien, en Aranjuez no hay una ermita para rendir culto a Dios, ni hay una escuela para ofrendar a la inteligencia y redimir a la infancia, pero existen varias tabernas con sus puertas perennemente abiertas y sus rótulos grandes y llamativos.

Abaratar la vida es plausible derrotero para un gobernante; pero impedir la degeneración de las familias, cerrando la casa patentada del Estado, es más que un ideal, es una liberación y aquí puede emprenderse la cruzada sin grandes tropiezos, gracias a la índole de nuestro pueblo que imita leyes, prácticas y costumbres extranjeras con gran docilidad.

La previsión de una medida radical como la que se ha tomado en Rusia, no sería jamás bastante agradecida por nuestros descendientes.

Cuando en nuestras lecturas evocamos la sombra de un poeta amado que prematuramente inclinó para siempre la cabeza, cuando el novelista, el matemático, el filósofo enmudecieron degradados por la tortura física y naufragaron en las celdas de un manicomio, arrebatando a la humanidad las más bellas flores de su pensamiento, un grito de indignación y de protesta se alza de nuestros corazones.

Ya que las pasiones y las debilidades de los hombres son indestructibles, suprimamos al menos los males artificiales que complican y empuñeñen la existencia. No son tres en verdad los enemigos del alma; cuando enumeramos el Mundo, el Demonio y la Carne, se omite la más frecuente y la más páfida de las tentaciones: la del alcohol.

1915.

Alejandro Alvarado Quirós

AGENCIAS

COMISIONES



VENTAS



RAFAEL SOTELA B.

Representante Exclusivo

DE ODIO & Co.

Apartado 113

San José, Costa Rica



Se reciben órdenes en LA MARINA



SIR WILLIAM CROOKES

Después de experimentar por cuatro años produjo el lente actínico por excelencia para impedir la formación de la catarata.

Estos lentes se fabrican únicamente en el

GABINETE OPTICO SALAS

Unica Fábrica en Centro América

TINTORERIA DE CARLOS PERALTA

CUESTA DE MORAS

*

ESPECIALIDAD EN NEGRO

La preferida por las personas de buen gusto

PRECIOS MUY BAJOS

Teléfono 218

San José, Costa Rica

AVISO

A MI NUMEROSA CLIENTELA

La tienda **LA LUZ** se trasladará el 1º de abril próximo frente a donde actualmente se encuentra, o sea en el local que ocuparon don Ramón Madrigal e Hijos.

Habiendo cuadruplicado el surtido, ofrezco al público un 20% más barato que en otras partes.

Antes de comprar consulte precios en la tienda **LA LUZ**.

TOBIAS A. VARGAS C.

ALSINA

IMPRESA
LIBRERIA - PAPELERIA

Inmenso surtido de
útiles para escuelas

Las últimas obras recibidas de América
y Europa están de venta en la Librería

“LA EXPRESS”

FRENTE A ROBERT HERMANOS

COMPañIA INDUSTRIAL

“EL LABERINTO”

Pasa de quince mil yardas los driles, cotines, céfiros y mezclilla que fabrica mensualmente y por su inmejorable calidad, perfección y solidez, se vende todo a medida que sale de los telares de la Compañía.

El público puede encontrar estos famosos géneros de algodón y sus renombrados paños de manos, en los siguientes establecimientos:

~ SAN JOSE ~

José Maria Calvo & Cía., “La Gloria”. — Ismael Vargas C. (Mercado). — Jaime Vargas C. (Mercado). — Enrique Vargas C. (Mercado). — E. Guevara & Cía., “La Buena Sombra” y “La Perla”. Domingo Vargas (Mercado). — Sérvulo Zamora (Mercado). — Manuel Solera & Cía. (Mercado). — Antonio Alán & Cía. — Colegio de Sión. — Colegio de Señoritas. — Etc., etc.

En toda clase de alimentación, lo mejor y más fresco se encuentra en

LA GRAN VIA

DIRECTORIO PROFESIONAL

DR. ANSELMO RIVERA G.

Médico y Cirujano Veterinario de París
OFICINA: Servicio Veterinario Municipal

Habitación y oficina:
Casa familia Luján. — Teléfono 50

EMILIANO BRENES G.

ABOGADO Y NOTARIO

DESPACHO:
frente a las oficinas de las Alcaldías

GERARDO CASTRO-CLAUDIO CASTRO S.
ABOGACÍA Y NOTARIADO

OFICINA:
frente a la antigua Casa Presidencial
TELÉFONO 785

SANTIAGO DURAN ESCALANTE
ABOGADO

Despacho: en su casa de habitación

H. PEYROUTET & Co.

Representantes de casas extranjeras
San José de Costa Rica

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA
MEDICO Y CIRUJANO

Especialista en las enfermedades
de los ojos, nariz, oídos, garganta
Horas de oficina.—de 10 a 12 y de 2 a 5 p. m.
Oficina contiguo al Teatro Variedades

HERNAN ZAMORA ELIZONDO

ABOGACIA

Despacha en la oficina del Licdo. Cruz Meza

CLODOMIRO SALAS CASTRO

ABOGADO Y NOTARIO

Despacha en los altos de la Botica
de San José

VALORES LITERARIOS DE COSTA RICA

En este libro se estudian cinco épocas de la vida literaria de Costa Rica, desde los precursores hasta los jóvenes de hoy.

La Librería de Trejos Hnos. tiene la venta al por mayor

ESTA EN TODAS LAS LIBRERIAS



First Class Hotel

(Entirely New)

Excellent Cuisine
(French)

All rooms with private bath and running water hot and cold. Automobile Service to and from trains.

English Spoken
On parle Français

HOTEL WASHINGTON

Apartado de Correos 479. San José, C. R. Teléfono 173.—Administrado por su propietaria M. DE LA PRADE.—Unico de primera clase en el país. Dormitorios confortables con baños de agua

caliente y fría. Cuartos apropiados para agentes viajeros. Cocina francesa, americana y española.



Se habla francés, inglés, español, alemán e italiano

